

ANDROCLEES Y EL LEÓN ¿UNA LEYENDA URBANA EN LA ANTIGUA ROMA?

María Engracia Muñoz Santos

Universitat de València

Conservamos seis versiones diferentes de la historia de *Androcles y el León*: dos de ellas son fábulas y las otras cuatro defienden como un hecho verídico lo que narran, aunque los hechos no son registrados por los autores considerados actualmente como historiadores romanos.

Las cinco historias tienen puntos en común y elementos de discrepancia. Son estas particularidades las que me han animado a hacer una comparación con las características de una leyenda urbana, que, si bien es un concepto tenido como contemporáneo, en este caso puede ser trasladado a la antigüedad sin ningún problema.

Las dos fábulas se las debemos a Esopo (siglo VI a. C.) y a Rómulo (un autor desconocido que se cree que podría haber vivido entre los siglos I y II d. C.). Las cuatro historias nos las cuentan como verídicas los autores Plinio el Viejo (siglo I d. C.), Séneca (I d. C.), Aulo Gelio (siglo II d. C.) aunque por boca de Apión (siglo I a. C. y I d. C.) y Claudio Eliano (siglos II-III d. C.). Se añade las referencias a Eratóstenes (¿de Cirene? Que pertenecería al siglo III-II a. C.) y Euforión (siglo V a. C.) a las que alude Eliano, pero que se han perdido. Como podemos comprobar, la misma historia tiene una amplia cronología que abarca desde el siglo V a. C. (antes incluso si aceptamos como otra versión la historia de *Daniel y el foso de los leones*) y el siglo III d. C., aunque la fábula ha llegado hasta nosotros y es un relato que abunda en las lecturas infantiles.

Tomemos el ejemplo de la historia de Aulo Gelio que nos cuenta a partir de un texto de Apión¹:

«“En el Circo Máximo —dice— se ofrecía al pueblo el espectáculo de una gran cacería. Encontrándome casualmente en Roma, presencié el espectáculo. Había allí muchas bestias feroces, de tamaño muy superior al habitual en los animales, y todas destacaban por su aspecto nunca visto o por su ferocidad. Pero por encima de todo causaba asombro la fiera de los leones, entre los que descollaba uno en particular. Aquel león atraía sobre sí la atención y las miradas de todos por la fuerza y tamaño de su cuerpo, por su rugido resonante y aterrador, por sus músculos y por la melena ondulante sobre su cerviz. Entre otros muchos esclavos condenados a combatir contra las fieras figuraba uno, llamado Androclo, regalo de un ex-cónsul. Cuando aquel león lo vio desde lejos, de repente —sigue contando Apión— se detuvo como extrañado, y luego fue acercándose lenta y plácidamente hasta el hombre, como queriendo reconocerlo. Entonces comienza a mover la cola mansa y sosegadamente, como suelen hacer los perros zalameros, y se pega al cuerpo del hombre y lame suavemente con su lengua las piernas y manos del esclavo, que estaba casi muerto de miedo. Ante los halagos de una fiera tan atroz, Androclo recupera el sentido perdido y poco a poco vuelve sus ojos para mirar al león. En aquel momento, como si se hubieran reconocido mutuamente, podías ver al hombre y al león abrazándose llenos de alegría”. Afirma Dion que, ante hecho tan asombroso, el público rompió en un enorme clamor y que Androclo fue llamado por el César y preguntado el motivo por el que aquel terrible león solo lo había perdonado a él. Entonces Androclo cuenta una historia asombrosa y digna de admiración. “Cuando mi dueño —dice— obtuvo el mando proconsular de la provincia de África, me vi obligado a fugarme a causa de sus azotes injustos y diarios y, a fin de hallar un refugio más seguro lejos de mi dueño, que era quien gobernaba en aquella tierra, me retiré a la soledad de los arenales y de los desiertos y decidí que, si me faltaba la comida, buscaría alguna manera de morir. Pues bien; al mediodía, cuando el sol calentaba con más fuerza, alcancé una cueva remota y escondida, entré en ella y me escondí. Poco más tarde llegó a la misma cueva este león, cojeando de una pata ensangrentada y emitiendo gemidos y murmullos lastimeros a causa del agudo dolor que le producía una herida”. Siguió contando que, en un primer momento, al ver al león acercarse, quedó sobrecogido de terror. “Pero después que el león entró —continúa diciendo— en la que parecía ser su guarida y me vio a lo lejos

¹ Apión, *Aegiptiacas*, V. Según Aulo Gelio, esta es la fuente original de esta historia, texto que hoy no conservamos.

tratando de ocultarme, se acercó manso y tranquilo y pareció mostrarme la pata levantada y extenderla como pidiéndome ayuda. Entonces le arranqué una espina enorme que tenía clavada en la planta del pie y, oprimiendo, le saqué el pus acumulado en el fondo de la herida y luego, ya sin temor alguno, se la sequé completamente y con cuidado, y le limpié la sangre. Aliviado por los cuidados que le presté, se tumbó poniendo la pata sobre mis manos y descansó, y desde aquel día el león y yo vivimos compartiendo la cueva y la comida durante tres años enteros, pues me llevaba a la cueva los pedazos más suculentos de los animales que cazaba y yo, a falta de fuego, los torraba al sol de mediodía y los comía. Pero un día me harté de aquella vida de fieras y, aprovechando que el león había salido a cazar, abandoné la cueva y, después de caminar durante casi tres días, fui avistado por los soldados, detenido y llevado desde África a Roma para ser entregado a mi dueño. Este se encargó al punto de que se me condenara a muerte y entregase a las fieras. Supongo que este león fue capturado después de que yo me separé de él y que ahora me devuelve el favor por haberlo curado y atendido”.

Afirma Apión que fue Androclo quien contó estas cosas y que todo ello fue expuesto y dado a conocer al pueblo escribiéndolo en un panel de madera; que, por petición unánime, Androclo fue declarado libre y exento de castigo, y que, por sufragio popular, le fue regalado el león. “Después de ello —dice— veíamos a Androclo y al león, atado con una cuerda delgada, recorrer todas las posadas de la ciudad; a Androclo le daban monedas, al león lo cubrían de flores y por doquier todos cuantos los hallaban a su paso decían: Ese es el león que dio hospedaje al hombre; ese es el hombre que curó al león”².»

1. ¿Qué elementos hacen de una historia una leyenda urbana?

No existe una definición universalmente admitida de lo que es una leyenda urbana³. La RAE define leyenda urbana como: «Historia inventada, extravagante, que circula entre la gente como si fuera verdadera»⁴.

Para que una historia sea una leyenda urbana deben darse varias circunstancias: por un lado, que tenga un origen inescrutable, contenido chocante y ardua

² Aul. Gell., *NA V*, 14, trad. M.-A. Marcos Casquero – A. Domínguez García, *Aulo Gelio. Noches Áticas*, vol. 1, León, 2006.

³ A. Ortí – J. Samper, *Leyendas urbanas en España*, Barcelona, 2000.

⁴ <<https://dle.rae.es/?id=ND0ltx>> (consultado 1/7/2019).

verificación; que tenga una trama urdida meticulosamente, en función del desenlace, que se condensa en una imagen violenta y gráfica, a veces redondeada por un pequeño epílogo; se cuenta como sucesos verdaderos, como noticias ambiguas y que muy bien podrían haber ocurrido alguna vez; se utilizan personajes arquetípicos anónimos, situados siempre en escenarios bien concretos, lo que refuerza el realismo del argumento, este depende únicamente del grado de verosimilitud que es gracias a los detalles que se consigue; la acción se sitúa en un pasado impreciso pero inmediato y el autor suele aludir a fuentes de información fiables para conferir una aparente solidez a los puntos débiles de la historia; los contornos de estas historias son imprecisos como los de los mitos y su lógica, vinculada a la del inconsciente y sus equivalencias, próximas a la del sueño, combinan nuestros miedos y deseos, que suelen verse satisfechos gracias a los resultados imprevisibles de la justicia inmanente, que ajusta las cuentas a los malhechores. En ellas abundan los miedos, múltiples y contradictorios, miedo al salvajismo, violencia... Las leyendas encierran estos miedos en una comparación literaria. Permiten definir y exorcizar el peligro mediante actos simbólicos⁵; se trata de un fenómeno que goza de una existencia múltiple y universal, como lo son las fábulas, los mitos y los cuentos de hadas.

Se trata, por lo tanto, de historias fabulosas que desafían la razón, aunque se trata de relatos factibles, que analizados desapasionadamente percibimos en ellos inconsistencias que terminarán revelando su carácter igualmente fabuloso. Contienen ilusiones que generalmente se dan por ciertas.

2. ¿Se podría considerar la historia de *Androcles y el león* como una leyenda urbana?

A continuación, vamos a aplicar las características ya citadas de una leyenda urbana a las diferentes versiones de Androcles y el león que conservamos. El objetivo es comprobar si es una leyenda urbana.

El resultado de si es o no una leyenda urbana puede parecer fútil, pero hoy en día este tipo de historias son estudiadas para conocer una sociedad, son parte de su folclore⁶ y su análisis está ayudando a llegar a conclusiones tanto a psicólogos

⁵ V. Champion-Vicent – J-B. Renard, *Légendes urbanines: rumeurs d'ajordhui*, París, 1992.

⁶ L. Díaz G. Viana, «Sobre el folclore en la actualidad y la pluralidad en la lectura», *OCNOS* 1, 2005, 35-42.

como sociólogos⁷, por lo que pienso que puede ser interesante para profundizar un poco más en el conocimiento de la mentalidad de la sociedad romana.

Aplicaremos, por tanto, a la fábula de Rómulo, y las historias de Aulo Gelio (que se ha transcrito más arriba como ilustración para el lector de este trabajo), Séneca, Plinio y Claudio Eliano, las características que definen una leyenda urbana para ver si estos relatos se ajustarían a la definición. El caso de Esopo lo analizaremos al final del trabajo por ser un caso excepcionalmente curioso.

En rasgos generales, en todos los textos de *Androcles y el león* trabajados, hemos encontrado demasiadas semejanzas para poder pensar que no se trata de la misma historia: un hombre escapa de su casa, convirtiéndose en culpable, llega a la presencia de un león herido al que cura, es detenido y condenado a ser ejecutado por las bestias, en la arena donde se llevará a cabo la sentencia, coincide con el león que había curado y, por último, el león no lo ataca, el público y el monarca son clementes y otorgan la libertad a ambos.

Uno de los elementos que hacen de una historia una leyenda urbana es que se trata de una historia con un origen difícilmente escudriñable. Aunque, en el caso de Aulo Gelio, sí comenta que la historia la leyó en Apión, es algo difícilmente comprobable debido a la pérdida de sus textos. Es un hecho verificable que Apión, que vivía en Alejandría, fue enviado con una delegación a Roma para ver al emperador Calígula hacia el año 38 d. C., parece ser que después de esto se asentó en Roma, aunque no está claro en qué momento enseñó retórica durante el gobierno de Claudio. En estos momentos Plinio el Viejo, que es contemporáneo de este autor, tenía 15 años, así que es impensable que se hubiese producido este prodigio de historia natural y que Plinio no diese más noticia que la que comenta y que no tenga ninguna relación una con la otra, aunque sí coincide en el tema general, nada tiene que ver con los detalles de la historia de Apión:

«En Siria, el siracusano Mentor, al hallarse de frente con un león, que daba vueltas suplicante ante él, atónito por el terror, puesto que la fiera se ponía delante de él cuando intentaba huir y le lamía los pies, como si le suplicase, observó en su pata una herida hinchada; tras extraer la espina, lo liberó de su mal⁸.»

⁷ B. Guerin – Y. Miyazaki, «Rumores, chisme y leyendas urbanas: una teoría de contingencia social», *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol. 35, núm. 3, 2003, 257-272.

⁸ Plin., *HN VIII*, 55, trad. E. del Barrio Sanz – I. García Arribas – A. M^a Moure Casas, L. A. Hernández Miguel, M^a L. Arribas Hernández, *Plinio el Viejo, Historia Natural, libros VII-XI*, Madrid, 2003.

Séneca lo utiliza como moralizante respecto al gobierno de Nerón y la referencia al hecho es bastante exigua:

«He visto a un león en el anfiteatro, que reconoció a uno de los hombres que lucharon con bestias salvajes, que una vez había sido su guardián, y lo protegió contra los ataques de los otros animales⁹.»

Este autor dice que lo vio. Él es la única fuente que tenemos que confiesa haberlo visto con sus propios ojos. Podría haber coincidido con el mismo acontecimiento que se cuenta en la versión de Apión. Séneca tendría unos 27 años cuando Apión realiza su visita a Roma. El problema es que las dos versiones no concuerdan en el lugar, mientras Apión vio este hecho en el Circo Máximo, Séneca lo hizo en el anfiteatro. Plinio el Viejo no tiene demasiada fe en Apión y lo critica por sus relatos fantasiosos¹⁰, podría ser este el caso, pero las coincidencias con Séneca hacen su historia verosímil a pesar de las contradicciones entre ambas versiones.

Otros elementos que hacen de la historia una leyenda urbana son la cantidad de situaciones extrañas, llegando a la inverosimilitud que estas historias contienen: un león, que sin recelo aparente y sin dejarse llevar por sus fuertes instintos (recordemos que Androcles ocupa su guarida), ¿pide ayuda a un humano? Tampoco es demasiado creíble que el león fuese el único ejemplar en esa guarida, puesto que viven en manada. Creo que si pensamos fríamente en la situación, veremos lo improbable de este escenario.

Un elemento más, la dificultad de la verificación de los hechos, cada autor habla de una fuente diferente, a pesar de haber vivido en el mismo momento histórico y curiosamente, son contemporáneos de los hechos, pero las versiones no coinciden.

Como podemos leer en estos dos autores, efectivamente, la trama está urdida meticulosamente: los elementos en común en todas ellas son obvios y pocos son los que los alejan y hacen única cada una de las historias. Desconocemos el desenlace de la historia de Plinio, el autor no comenta más allá de las líneas expuestas aquí arriba, pero podemos pensar que el león no se comería al improvisado veterinario, suponemos, por el carácter enciclopédico del autor, ya que si hubiese sido así, Plinio lo habría dejado reflejado en su texto.

⁹ Séneca *De Beneficiis* II, 19, trad. de la autora del original M. A. Aubrey Stewart, *L. Annaeus Seneca On Benefits*, Project Gutenberg, 2003.

¹⁰ Plin., *HN* IX, 4, 13.

El elemento de la violencia está muy presente a lo largo del texto. Aunque pensemos que no por haber normalizado la historia (muchos de nosotros probablemente la leímos durante nuestra infancia en algún recopilatorio de fábulas), por nuestra mentalidad de defensores de los derechos de los animales característica del siglo XXI y por las películas de Disney donde los animales son humanizados. La escena es violenta en dos momentos principalmente: el primero, cuando el hombre encuentra al león, podemos imaginar que ninguno de los dos protagonistas sería demasiado amistoso, y el segundo cuando Androcles es lanzado a la arena para que el león ejecute una sentencia de muerte. Otras escenas de alta violencia, pero secundarias, son el maltrato que recibe el hombre por parte de su dueño, motivo por el cual debe escapar (aunque en otro caso se trata la huida por cometer un delito, también un acto de violencia) y su apresamiento y posterior juicio, que, aunque no aparecen en la historia, es obvia su existencia. La violencia por lo tanto está presente a lo largo de todo el texto, de forma más o menos explícita.

El hecho de que Aulo Gelio ponga los hechos narrados en boca de Apión y que Plinio cite al siracusano Mentor, son elementos que ayudan a la historia a ser verídica, aunque en todos los casos se trata de noticias ambiguas, como podemos ver. Este es otro de los elementos que coinciden con una leyenda urbana. Se trata de un recurso como el que hoy utilizamos: «un amigo me ha contado». Dar veracidad mediante la prueba de su existencia real es parte importante de una leyenda urbana.

Leamos ahora la versión de Claudio Eliano y veamos la evolución que sufre la historia en unas décadas:

«Un tal Androcles, esclavo para su desdicha, se escapó de casa de su amo, senador romano, por haber cometido una fechoría, no sé si grave o leve. Llegó a Libia y, procurando evitar las ciudades «cuyo emplazamiento señalaba solo mediante las estrellas» como ordinariamente se dice, se dirigió al desierto. Achicharrado por el mucho y ardiente calor del sol, se sintió contento al refugiarse bajo una cóncava roca, donde descansó. La roca era el cubil de un león.

Pues bien, el león había regresado de su cacería maltratado por una robusta astilla que lo había atravesado, y, al encontrarse con el joven le dirigió una tierna mirada, empezó a mover la cola, extendía su pata y, de todos los modos posibles le suplicaba que le arrancase la astilla.

El joven al principio retrocedió asustado; pero cuando vio que la fiera se comportaba mansamente y vio la herida de la pata, extrajo de esta lo que estaba causando el dolor y libró al animal de su sufrimiento.

El león, contento con su curación, pagó al joven sus cuidados dispensándole un trato de huésped y amigo y le hacía partícipe de cuanto cazaba. El animal comía los alimentos crudos, según la costumbre de los leones, y el joven los cocía. Y disfrutaban de una cosa común, cada uno según su naturaleza.

Durante tres años llevó Androcles este género de vida. Después, habiéndole crecido excesivamente el cabello y aquejado de un fuerte escozor, abandonó al león y se confió a su suerte. Después, unos hombres los apresaron cuando caminaba errante y, enterados de a quien pertenecía, lo enviaron atado a su amo.

Este castigo a su esclavo por el daño que le había ocasionado y decidió entregarlo a las fieras para que lo devorasen. Pero sucedió que aquel león libio cayó en poder de unos cazadores y fue dejado suelto en el circo lo mismo que el joven, destinado a morir, que había sido compañero de casa y albergue del animal.

El hombre no reconoció a la fiera, pero esta al instante reconoció al hombre y, moviendo la cola, le mostraba su afecto, al tiempo que, agachando todo su cuerpo, se echaba a sus pies. Al fin, Androcles reconoció a su huésped y, abrazando al león como a un amigo que llega después de una ausencia, lo acogió afectuosamente.

Como este espectáculo parecía cosa de magia, se soltó contra el hombre un leopardo. Al abalanzarse este contra Androcles, salió el león en defensa del que lo había curado, del hombre con el cual había compartido su mesa, y despedazó al leopardo.

Como es lógico, los espectadores no salían de su asombro, y el ciudadano que ofrecía el espectáculo llamó a Androcles y oyó de sus labios toda la historia. Y el relato corrió por toda la multitud y el pueblo, enterado puntualmente, pidió a gritos que se dejara libres al hombre y al león¹¹.»

Como podemos comprobar, se cumple una vez más uno de los elementos característicos de una leyenda urbana. Todos los autores afirman que esta historia ocurrió, aunque la noticia es ambigua y cambia de ubicación dependiendo de quién la cuente: Roma (Apión), Siria (Plinio), Libia (Claudio Eliano) y Samos (Eratóstenes y Euforión).

¹¹ Ael., *NA VII*, 48, trad. J. M. Díaz-Regañón López, *Claudio Eliano, Historia de los animales, libros I-VII*, Madrid, 1984.

Solo uno de los elementos de la leyenda urbana no aparece en estas historias, aunque sí lo encontramos en el texto de Rómulo: la utilización de personajes arquetípicos. El desconocido autor nos cuenta que la historia la protagoniza «un pastor», por ningún sitio aparece el nombre de quienes realizan en escena:

«Los poderosos deben pagar el favor a los humildes y, aunque el tiempo sea largo, el olvido no debe existir; que así se hizo lo prueba esta fábula. Un león, que vagaba en la selva, al apresurarse pisó una astilla y, debido al coágulo, empezó a cojear. Al encontrarse con un pastor, intentó acariciarle con la cola mientras alzaba su pezuña. El pastor, asustado, cuando vio venir hacia él al león, se puso delante de su rebaño, pensando que el león buscaba comida. Pero el león, que no buscaba comida, sino que le curase, puso su pezuña en el regazo del pastor. Este, cuando vio la herida y la gran hinchazón, reflexionando encontró un remedio, cogió una lezna afilada y lentamente abrió la herida. Al abrirse el coágulo, expulsó al mismo tiempo la sangre y la astilla. El león sintió alivio y, correspondiendo a su curación, lamio con la lengua la mano del pastor; se sentó a su lado un momento, recuperó sus fuerzas y se marchó ileso. Poco tiempo después, el león fue capturado para ir a la arena del anfiteatro y correr allí; el pastor, apresado por un delito, es destinado a las fieras en el mismo lugar al que había sido enviado el león. Se deja al pastor en la arena y al león fuera. El león, que siempre acudía con ímpetu cuando se le soltaba, anduvo poco a poco hasta que llegó junto al pastor. Al verlo, lo reconoció y levantó su rostro y sus ojos al pueblo con un enorme rugido. Después, rodeó la grada, y se sentó junto al domador; este le incita a volver a su guarida, pero no abandonó al hombre. El pastor comprendió que el león se mantenía allí más tiempo por su causa; intuye que era aquel al que conoció en la selva, al que había abierto la herida. Sueltan a un león y luego a otro para llevárselo del lado del hombre, pero el león no se alejó, sino que protegió al pastor. El pueblo, cuando vio esto, empezó a admirarse y a preguntar la causa al condenado. Cuando la contó al pueblo, todos pidieron por aclamación el perdón para ellos y los dos fueron liberados al mismo tiempo, el león marchó a la selva y el pastor a sus propiedades¹².»

Cierto es que en las otras historias sí aparece el nombre de Androclo o Androcles, en Plinio es Mentor, pero el hecho de que en los dos primeros casos

¹² Romulus III, 1 trad. A. Cascón Dorado, *Fedro, fábulas, Aviano, fábulas, fábulas de Rómulo*, Madrid, 2005.

se trate de un esclavo puede justificarse como una referencia a ese personaje arquetípico anónimo. ¿Cuántos esclavos llamados Androclo o Androcles existirían en el Alto Imperio?

Otros elementos que caracterizan una leyenda urbana también se cumplen: no sabemos con exactitud en qué momento se produce la *damnatio ad bestias*, que es el espectáculo al que se refieren todos los autores; el lugar varía dependiendo de los textos, en unos casos se trata del Circo Máximo (Apión y Claudio Eliano) y de un anfiteatro (Séneca y Rómulo), Plinio esa parte de la historia la omite; también la relación con el tiempo en que sucede la historia: ningún autor habla de algo lejano en el tiempo, a pesar de que entre los autores hay diferencias de cerca de dos siglos. Se trata de un pasado cercano a cada uno de los autores.

Como podemos apreciar en cada uno de los relatos, el miedo social a la ejecución mediante una *damnatio ad bestias* está muy presente, recordemos que este es otro de los elementos de una leyenda urbana. Ser ejecutado de esta manera era una de las más denigrantes de todo el sistema jurídico romano: desnudo, atado y obligado a permanecer en la arena hasta ser ejecutado por un animal era una condena horrorosa incluso para la mentalidad romana, lo que confería a este tipo de ejecuciones un objetivo moralizante y ejemplarizante¹³. Morir de esta manera debía ser un terror que bien podía ser utilizado en una leyenda urbana. Aunque el resultado en estas historias es siempre el de la clemencia del león con el protagonista humano en la arena, misericordia tanto por parte del león como por parte del público y del emperador o *editor* del espectáculo en el que se desarrolla la escena, puesto que ambos son perdonados. Un apunte curioso: los textos dicen que Androcles tenía que luchar contra el león, en este caso no se trataría de una *damnatio ad bestias*, sino de una *venatio*¹⁴, dos espectáculos completamente diferentes que se desarrollaban en momentos distintos del día, pero en ningún caso se hace referencia a cualquier tipo de arma que podría haber blandido Androcles en un primer momento de desesperación ante el animal que aún no lo había reconocido.

El epílogo o moraleja, otro elemento indispensable en una leyenda urbana, aparece en todos los casos. El objetivo de los relatos es el ser moralizante. Lo más interesante a este respecto es cómo esta enseñanza instructiva va cambiando con el tiempo y los autores, incluso trasladándose al judaísmo y el cristianismo, que tiene en *La Biblia* una historia muy similar, con elementos compartidos

¹³ E. Cantarella, *Suplicios capitales en Grecia y Roma*, Madrid, 1996.

¹⁴ M. E. Muñoz-Santos, *Animales in harena*, Almería, 2016.

y que dará continuidad a la historia. Ambos elementos: moraleja, continuidad y adaptabilidad en el tiempo son otras de las tantas características de una leyenda urbana.

Sobre las moralejas: Mientras Séneca utiliza la historia para demostrar su desagrado ante el gobierno de Nerón¹⁵, Plinio habla de clemencia, como hace Apión, en boca de Aulo Gelio. Rómulo, en cambio, dice que: «los poderosos deben pagar el favor de los humildes y, aunque el tiempo sea largo, el olvido no debe existir» y Claudio Eliano hace una aseveración de carácter científico: «La memoria es una facultad congénita de los animales» y para ello aporta dos pruebas más de hechos similares (no sabemos si quiere hacer referencia a dos contados por dos autores, o al mismo hecho contado por ambos autores), aunque a estos solo los nombra.

Como más arriba decíamos, es interesante la aparición de algunos elementos comunes en otra historia completamente diferente, la de *Daniel y el foso de los leones*¹⁶, perteneciente a una cultura y dos pueblos completamente diferentes, puesto que esta historia aparece en el Libro de Daniel del *Antiguo Testamento*, pero donde de nuevo un hombre no es devorado por los felinos, aunque esta vez la moraleja estará relacionada con la fe, las promesas y la fidelidad a Dios. Elementos como la condena a las fieras por parte del monarca (esta vez se trata de Darío) y el que se desarrolle en Oriente Próximo, hacen de esta historia una coincidencia muy curiosa que debería tenerse en cuenta.

Elementos similares aparecen en las vidas de los santos San Jerónimo y San Gerásimo¹⁷, el primero del siglo IV al V y el segundo del V. Ambos monjes tuvieron una experiencia muy similar: a ambos, a orillas del Jordán, se les acercó un león con una astilla clavada en una zarpa, convirtiendo al felino en un animal manso con el que convivieron. Al parecer, podría haber un error por la similitud de los nombres y la Iglesia Católica le atribuye el prodigio al segundo, no al primero¹⁸.

Como podemos comprobar, a medida que avanzamos en el tiempo, la historia se va modificando y adaptando a las necesidades del momento, haciéndolo también, al mismo tiempo, la enseñanza que aporta. Se trata, a todas luces, la misma historia que se repite una y otra vez, cambiando de protagonista humano, pero la base siempre es la misma.

¹⁵ M. E. Snodgrass, *Encyclopedia of the Literature of Empire*, Nueva York, 2009.

¹⁶ *La Biblia*, Daniel 6, 1-28.

¹⁷ <<http://es.catholic.net/op/articulos/36398/gersimo-santo.html#modal>> (consultada 1/7/2019).

¹⁸ <<http://es.catholic.net/op/articulos/32104/jerimo-santo.html#modal>> (consultada 1/7/2019).

He dejado para este último momento la fábula de Esopo, puesto que en sí misma es una leyenda urbana. Esopo probablemente no escribió esta fábula, o bien fue demasiado manipulada *a posteriori*. De todos modos, curiosamente, no aparece en ninguna de las traducciones (ni Gredos, ni Alianza, ni Penguin), pero sí en los libros infantiles de fábulas firmadas por este autor. Veamos una de ellas:

«Androcles era un pobre esclavo que sufría mucho porque tenía un amo malvado y cruel. Aunque el muchacho trabajaba de sol a sol todos los días del año, su señor lo mataba de hambre y lo apaleaba a menudo sin ningún motivo. Así que un día Androcles decidió huir al bosque. «Prefiero que me devoren las fieras a seguir soportando esta vida de perros», se dijo mientras se escabullía entre los árboles.

Al anochecer, Androcles oyó un extraño sonido que despertó su curiosidad. Parecía el gemido de alguien aquejado de un dolor. Androcles se dirigió cautelosamente hacia el lugar de donde procedían los lamentos, y se quedó de una pieza al descubrir que el que así se quejaba era un león. Se había clavado una espina en una de sus garras, y no dejaba de morderse tratando de arrancarse la molesta espina.

«Pobrecillo», se dijo Androcles. El joven se había conmovido tanto que, sobreponiéndose al miedo, se acercó poco a poco al león para no alarmarlo. Cuando llegó a su lado, el muchacho le cogió con suavidad la garra dolorida y le sacó la espina. Luego, Androcles se arrancó un jirón de tela de su propia túnica y le vendó la pata al león.

—Ahora ya no te dolerá —le dijo.

El león lamió la mano de Androcles en señal de gratitud, y desde aquel momento los dos fueron muy buenos amigos. Todos los días, el felino salía de caza y regresaba a su guarida con carne en abundancia para que Androcles pudiera comer, y, cuando caía la noche, el muchacho dormía con la cabeza apoyada en la barriga del león.

Pero un día las cosas se torcieron. El león fue capturado por unos cazadores, y poco después Androcles fue atrapado por unos soldados que habían salido en su busca.

En aquel tiempo, a los esclavos fugitivos los castigaban con una muerte terrible, ya que eran arrojados vivos a los leones del circo.

El propio emperador iba a presenciar la muerte de Androcles. Le gustaba acudir al circo para recibir las aclamaciones del público y para contemplar el

espectáculo de la sangre derramada por los leones. Los soldados arrastraron a Androcles hasta la arena y lo dejaron abandonado a su suerte.

“¡Qué vida más triste!”, se dijo el muchacho. “Tan solo fui feliz en aquellos días que pasé junto al león en su guarida del bosque”.

Entonces el emperador ordenó a los soldados que abriesen la jaula de las fieras. Temblando de miedo, Androcles cerró los ojos. No quería ver el instante en que el león comenzara a despedazarlo con sus garras. Sin embargo, la fiera tardaba tanto en arremeter contra él, que al final el muchacho acabó por abrir los ojos para ver qué pasaba. Y entonces se llevó una sorpresa mayúscula: sentado a sus pies, estaba el león al que le había arrancado la espina en el bosque. Feliz con el reencuentro, Androcles se arrodilló para abrazar a su querido amigo.

—¿Quién es ese esclavo que amansa a los leones? —preguntó atónito el emperador.

Androcles se levantó, avanzó hacia la tribuna donde estaba el emperador y le hizo una reverencia.

—Majestad —dijo—, hace algún tiempo ayudé a este león, y desde entonces me ha mostrado una lealtad que jamás he encontrado entre los hombres.

Cuando Androcles le contó lo que le había sucedido, el emperador quedó tan impresionado que le perdonó la vida al muchacho.

—Desde hoy eres libre —le anunció—. Es el mejor premio que se me ocurre para un muchacho tan valiente y generoso como tú.

Entonces Androcles regresó junto al león al bosque, donde los dos amigos vivieron felices hasta el fin de sus días.

Quien tiene un amigo tiene un tesoro¹⁹.»

Podemos comprobar cómo es imposible que este autor griego del siglo IV a. C. pudiese escribir esta fábula. Hay elementos, como la aparición de la ejecución de condenados por *damnatio ad bestias*, el anfiteatro, el emperador romano, por solo poner algunos ejemplos, que convierte en totalmente errónea la atribución de este autor a esta historia. Todos ellos son elementos romanos que no existían en el momento en que Esopo vivía. Es esta una característica más que corrobora el hecho de que se trate de una leyenda urbana, puesto que estas evolucionan con el tiempo y se adaptan a las necesidades de los oyentes. Atribuir a un fabulista moralizante, leído por un público infantil y adulto, una fábula en la que se narran unos hechos

¹⁹ J. Jiménez y J. Pinkney, *Fábulas de Esopo*, Barcelona, 2004.

obviamente sucedidos siglos después forma parte de esa conversión de una historia en leyenda urbana. La moraleja, en este caso, de nuevo cambia, adaptándose a las circunstancias.

Como podemos comprobar, todos los textos bien podrían hacer referencia una leyenda urbana que se gestó en la antigua Roma y que ha ido evolucionando con el tiempo adaptándose a las nuevas realidades sociales. ¿Nos encontramos, por lo tanto, con una de las primeras leyendas urbanas en la historia de la humanidad que se ha perpetuado hasta hoy?

Androcles y el león ¿una leyenda urbana en la antigua Roma?

RESUMEN: El concepto de *Leyenda urbana* es utilizado para designar las historias fantásticas que circulan entre la población en la actualidad. Aplicando las características propias de este tipo de ficciones podemos rastrear alguna de ellas hasta la Roma antigua. Uno de estos ejemplos es la historia de *Androcles y el león*, una historia que comienza a difundirse durante el Alto Imperio, convirtiéndose ella misma en una leyenda al ser atribuida a autores muy anteriores, y que hoy en día aún se destinada su texto a jóvenes lectores. Como en la actualidad, su estudio puede ayudarnos a conocer mejor la mentalidad de aquellos romanos del Imperio.

PALABRAS CLAVE: *Damnatio ad bestias*, Espectáculos romanos, Leyenda urbana, Roma, Historia de las Mentalidades

Androcles and the lion, an urban legend in the ancient Rome?

ABSTRACT: The concept of urban legend is used to describe the fantastic stories that circulate among the population today. Applying the characteristics of this type of fiction we can trace some of them to ancient Rome. One of these examples is the story of Androcles and the Lion, a story that begins to spread during the High Empire, becoming itself a legend to be attributed to authors much earlier, and that still today its text is intended for young people readers. As in the present, its study can help us to know better the mentality of ancient Romans.

KEYWORDS: *Damnatio ad bestias*, Roman spectacles, Urban legend, Rome, History of mentalities.